

“LA TRADICION NACIONAL” EN LA OBRA LITERARIA DE JOAQUIN V. GONZALEZ

I

La tradición nacional es una obra de juventud. Cuando apareció, en 1888, tenía Joaquín V. González veinticinco años. Sin embargo, por su estructura, metódica y de lineamientos clásicos, por su contenido revelador de conocimientos y lecturas hondamente asimilados, y por su estilo, tenso y siempre controlado, del que trasciende una serenidad y ponderación inalterables, no parece sino una obra de madurez, fruto de la experiencia y del pensar filosófico que sólo dan los años. González había publicado años antes dos volúmenes de poesías: *Oscar: canto de invierno* (1883), y *Rimas* (1885). *La tradición nacional* es, pues, su primer libro en prosa (La edición príncipe, de la cual poseemos un ejemplar, lleva el siguiente pie editorial: Buenos Aires/Félix Lajouane, editor/49, calle Perú-53/M. DCC. LXXXVIII). Fue impreso por Pablo Coni e hijos —taller histórico ya, por haber salido de sus prensas, en ediciones impecables, muchas de las obras más importantes publicadas en el país en las últimas décadas del siglo anterior y primeras del presente—, y consta de 536 páginas. Posteriormente la obra fue reeditada varias veces, figurando, a partir de la segunda edición, al frente de la mayoría de dichas ediciones, la carta de Bartolomé Mitre enviada al autor, como acuse de recibo del libro. En las *Obras completas* de González ⁽¹⁾, *La tradición*

(1) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Obras completas*, edición de la Universidad Nacional de La Plata, 25 volúmenes, Buenos Aires, 1935-1937.

nacional figura en el tomo XVII, conjuntamente con *Mis montañas*.

Entre sus obras literarias, exclusión hecha de las de carácter histórico, de las jurídicas, de las que versan sobre educación y política, etc., *La tradición nacional*, como así también *Mis montañas* (1893), *Cuentos* (1894), *Historias* (1900), libro este último que cierra el ciclo de las obras sobre temas autóctonos o folklóricos iniciado con *La tradición nacional*, y *Fábulas nativas*, su obra póstuma, aparecida en 1924, constituyen dentro de este género, sus producciones más orgánicas y valiosas. A ellas podrían agregarse: *Patria* (1900); *Ideales y caracteres* (1903); *Bronce y lienzo* (1916); *Cien poemas de Kabir*, su magnífica traducción de los poemas de Rabindranath Tagore, publicada por primera vez; *Atenea*, la revista de Rafael Alberto Arrieta, en 1918; algunas de sus obras aparecidas después de su muerte, tales como *Rubáiyát*, de Omar Khayyám (1926); *El centinela de los Andes* (1929); *La patria blanca* (1931), *Ritmo y línea* (1933) e *Intermezzo*, *Dos décadas de recuerdos literarios* (1934), y páginas sueltas: artículos, leyendas, etc., aparecidos en los diarios y revistas de la época, principalmente en *La Nación*, *La Prensa* y *Caras y Caretas*, discursos, etc., no recogidos en los volúmenes citados, aunque algunos sí en sus *Obras completas*.

Porque Joaquín V. González, político, hombre de gobierno, parlamentario, jurisconsulto, educador y sociólogo, fue, por sobre todas las cosas, escritor. Uno de los escritores más importantes y significativos de nuestras letras. "Él cierra —escribimos alguna vez— el ciclo de los grandes escritores argentinos de las generaciones posteriores a Caseros, las llamadas generaciones del 53 y del 80, de constructores de la nacionalidad. Continuador de Alberdi y de Sarmiento, su actuación en la política del país, en la enseñanza y en las letras le dan una gravitación nacional enorme, y se puede decir que ninguno de los problemas de su patria dejó de encontrar en su claro talento,

en su juicio sereno y ponderado y en su acendrado amor a su suelo natal, un estudioso y orientador más ecuánime y útil (²).

González, como Sarmiento, como Alberdi, como Mitre, como Avellaneda, fue hombre de acción y hombre de gobierno, y, como ellos, realizó su obra de escritor al margen de las tareas de un Ministerio, de las sesiones parlamentarias, de la cátedra y del periodismo, sin que una y otra actividad alterara nunca el sabio y casi intuitivo equilibrio que fue el fiel de su vida y de su destino. Escritor nato, de vocación honda y absorbente, pocos como él se dieron con mayor tesón a la tarea, para él esencial, de fijar en libros y páginas que hoy cuentan entre lo mejor y más perdurable de nuestra literatura, lo que nacía de su experiencia y de su sabiduría, y lo que su instinto de hombre consagrado totalmente a la Nación, a su necesaria integración espiritual y a su progreso, le decía que era necesario —y urgente—, escribir. En esta tarea ciclópea de “hacer” el país y de darle un porqué, una razón de ser y una fisonomía que lo singularizara en el pasado, en el presente y en el porvenir —tarea en la que trabajaron denodadamente los hombres de su generación—, *La tradición nacional*, síntesis de la evolución social y espiritual de la República, y punto inicial de una serie de trabajos e investigaciones que vinieron después, es, a más de un libro admirable por su contenido y por la fe en el país que inspira sus páginas, una clave —más que ninguna otra necesaria— para comprender el pasado histórico argentino y el valor que, en dicho pasado y en la evolución posterior de nuestro pueblo, tuvo —y tiene— la tradición como fuerza telúrica necesaria para la vida y el desarrollo de nuestro destino como nación.

II

Ya hemos dicho que *La tradición nacional* es una obra escrita con método, hecha de acuerdo con un plan previamente

(²) FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ y EMILIO SUÁREZ CALIMANO, *Historia de la literatura americana y argentina*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 9ª edición, 4ª tirada, 1962.

determinado, y de firme y armoniosa estructura. Consta de tres libros o partes, cada uno de los cuales está a su vez dividido en capítulos. ¿Cuáles son los temas que va tratando el autor, a lo largo del volumen? La enumeración de los más importantes dará una idea del contenido de la obra y del alcance de la misma. González estudia, como un sociólogo, como un historiador y como un hombre de ciencia, la tierra y el hombre; la evolución y progreso de los pueblos; la tradición —su concepto, su carácter, su necesidad—; la importancia del pasado; la naturaleza americana; la literatura nacional; la llanura y su poesía; la montaña: sus mitos y sus leyendas; las culturas araucana y quechua —a través de *La Araucana* de Ercilla, de *Ollantay* y de los cronistas de Indias; el descubrimiento y la fusión de las razas que sobrevino después; la epopeya de la conquista y la colonización; la evangelización de los indígenas; el Diabolo en dos poemas argentinos: el *Fausto* de Estanislao del Campo y el *Santos Vega* de Rafael Obligado—; la revolución argentina; las guerras de la independencia; las guerras civiles; las masas y su cultura; Rosas y su época; Facundo Quiroga y el fraile Aldao; las campañas contra Rosas, el general Paz, Caseros.

La tradición nacional no es un libro de historia, ni un estudio sociológico, ni una obra folklórica. Pero de todo ello hay en sus páginas, escritas con una altura de miras, una objetividad e imparcialidad, y un conocimiento de los temas, que la hacen —y la harán siempre—, obra de consulta útil e indispensable para quienes quieran saber cómo nacimos como nación, cuáles fueron los elementos étnicos y psicológicos que entraron en la formación del hombre de nuestros campos y nuestras ciudades, y cuáles fueron las fuerzas —y los hechos— que movieron a nuestro pueblo, desde el descubrimiento y la conquista, hasta la caída de Rosas, en un proceso de integración nacional, de avances y retrocesos en el tiempo, que ayudan a comprender —y a explicar— el pasado y el presente del país.

III

En *La tradición nacional* las cosas parecen vistas desde lo alto. El autor ha buceado en las viejas civilizaciones, ha leído los libros sagrados de los Vedas, el Viejo y Nuevo Testamento, los clásicos griegos y latinos, las grandes obras anónimas —y populares— de la Edad Media. Conoce el arte de Egipto, las civilizaciones precolombinas, el flujo y reflujo de la historia, en uno y otro continente; la historia de nuestro país, a través de todos sus avatares y heroísmos, y, como quien hace un alto en el camino, se pone a meditar en el valor generador, aglutinante y decisivo, de la tradición, en lo que ésta tiene de consustanciación con el alma y el destino de un pueblo. Y se pone a escribir, serenamente, sin prisa pero sin pausa, como quería Goethe, esta obra hoy injustamente preterida, y que es, por su intención y por lo noble de su tesis, y de su lenguaje, como la Biblia de nuestro folklore, esa rústica florecilla de nuestros campos, hoy ya ciencia en pleno desarrollo, que González, Mitre, Rafael y Pastor Obligado, Adán Quiroga, Ambrosetti, Lehmann Nitche, Lafone Quevedo y tantos sabios de ayer y de hoy han contribuido a crear y enriquecer.

“La tradición nacional —dice González al comienzo de la obra—, transmitida de unas generaciones a otras, revela la existencia de un culto por la memoria de los tiempos pasados y de los hombres que fueron su alma; revela que hay una preocupación permanente por mantener la unidad del drama social, sin la que el espíritu colectivo se expondría a perder su punto de apoyo”. Más adelante agrega como quien sale en defensa de algo que se subestima, tal vez sin conocerlo: “La historia descarnada y fría, desnuda de los atavíos con que la adorna el sentimiento humano, se parece a aquellos maestros rígidos y patibularios que instruían el entendimiento secando el corazón, o a esas llanuras abrasadas por el sol, donde ni una sola corriente de agua hace brotar las yerbas y las flores que refrescan y perfuman el ambiente”.

Él no es un tradicionalista teórico. Él conoce el interior del país. Último vástago de una familia cuyos antepasados se remontan a los primeros años de la Colonia, la tierra cuyas tradiciones defiende y estimula a los demás a recoger, no tiene secretos para él. "Yo he recorrido algunos rincones ignorados de nuestro suelo —dice—; he penetrado en las gargantas de las montañas donde las razas extinguidas levantaron sus fortalezas; he visto algunas de esas construcciones graníticas que aún el tiempo y la civilización no han destruido; he seguido las huellas de la conquista religiosa y de la conquista militar; y —lo confieso— me he sentido conmovido ante el genio perpetuado en piedra, ante el valor indómito revelado por la tradición y la arquitectura, ante la pasión íntima de una raza destruida que, como los luminosos pueblos de la India primitiva, tuvo sus poemas, sus dioses, sus héroes y sus grandes amores". Más adelante agrega: "Hacer resucitar las razas del fondo de sus sepulcros, es dar al mundo una revelación. La exhumación de los poemas indios, de los geroglíficos egipcios, de los ladrillos babilónicos, fue en el siglo XVIII una revolución literaria y científica. ¡Cuántos tesoros duermen en el fondo de nuestras montañas, de nuestros desiertos, que, desenterrados, serían quizá la gran revelación de nuestra literatura indígena!".

González ama la poesía y la tradición. Porque es poeta siente las voces ancestrales y siente que se debe a un pasado y a unas tradiciones que las lleva en la sangre y cuyo enigma y hondo sentido él —o los que vengan detrás de él—, tienen que descifrar y entender. "La poesía —dice— como manifestación primitiva del espíritu, y la tradición como esbozo primitivo de la historia, son las fuentes donde la inteligencia que analiza va a beber los elementos de la obra reveladora; y la poesía y la tradición, teniendo una raíz profunda en la naturaleza del hombre, no mueren sino que toman nuevas formas siguiendo la elevación del nivel social, y las transformaciones progresivas que los mitos y los sucesos obran en la esencia de las razas".

Al comparar la montaña con la llanura, aquélla asiento de mitos y leyendas a veces escalofrantes, y ésta de una poesía ele-

gíaca y triste, fija los caracteres de una y otra con palabras llenas de penetración y belleza: “Aquí —dice refiriéndose a la montaña—, la sociabilidad es más fácil y progresista, porque hay mayores dificultades para trasladar la vivienda, y porque las construcciones de piedra tienen algo de la eternidad de las montañas que las producen. El hogar está arraigado, el horizonte que se ofrece a la ambición es más limitado, y los elementos de la tradición nacen entonces de la vida íntima, de los cuadros naturales o de las secretas voces del espacio, multiplicadas al infinito por las repercusiones de la piedra, que les dan todo el sentido de esos seres incorpóreos, que siendo imaginación, ideas, supersticiones en su principio, se convierten luego en divinidades amigas o adversas, según que influyan de una u otra manera en el corazón y en el cerebro”. Refiriéndose luego a la llanura, agrega: “Pero la llanura donde la vegetación parece seguir las caprichosas veleidades de la naturaleza; donde el sol agosta en germen la savia que engendra la verdura y la vida; donde las selvas espesas abrigan con ventaja a la fiera siempre en acecho; donde el hombre se abruma y se desespera ante la inmensurable extensión, y en que la falta de variedad y de matices da al espíritu y al carácter una monotonía melancólica y cierto fatalismo perezoso, no interrumpido sino cuando la falta de alimento obliga a la voluntad a correr en busca de la conservación; esa llanura silenciosa y siempre igual da, pues, a las creaciones de la imaginación, a la poesía nativa y a la tradición, toda la tristeza, la monotonía y la sombría majestad de sus misterios”.

González, como Ricardo Rojas después, sale en defensa de las razas indígenas poseedoras, en el N. O. de nuestro país, de una cultura —la quichua— superior, en algunos aspectos, a la de los pueblos civilizados de Europa, en la época del descubrimiento. “La América está sembrada —dice a propósito de dichas civilizaciones precolombinas—, de sus sepulcros desde México hasta Magallanes y desde el Pacífico hasta el Atlántico; y en cada uno de ellos ha perecido una epopeya, sin que su grito

de desesperación o su despedida de la patria que defendieron como los tigres de sus selvas y de sus montañas, se haya perpetuado siquiera por ningún poeta. Sus cadáveres que sepultaban con solemne pompa y con religiosa solicitud en panteones que fueron templos, han sido removidos por la codicia que buscaba despojarlos de los adornos con que asistían a sus nupcias con la muerte, sin que nadie pensara entonces ver en esos despojos un indicio de su pasado. Conquistar es civilizar; pero la civilización no significa la muerte, ni menos la destrucción del pensamiento y del corazón de una raza”.

Elogia a Ercilla, el autor de la epopeya del Arauco, primer escritor peninsular que hace justicia, y admira, a los indígenas a quienes tiene que combatir. “Ercilla —expresa González aventurando un juicio sobre dicho autor que muchos compartimos— nada tiene que envidiar en ciertos pasajes de su obra, a los cuadros más acabados que Homero, Virgilio y el Tasso describieron, o a las escenas ya tiernas, ya heroicas que narraron, y ha creado tipos de héroes indígenas y de mujeres americanas que merecen perpetuarse en la historia del arte, al lado de Helena, Hécuba, Dido, Armida y de alguna de las creaciones dramáticas de Shakespeare; y creo además, que la *Araucana*, como poema histórico y descriptivo, es una de las fuentes más puras de la tradición de aquella región de América. Allí, si bien no podemos tomar sus relatos con todo rigor histórico, por cuanto existe la fantasía poética, encontramos pintado y de relieve el carácter dominante de la raza vencida, sus prácticas guerreras, sus creencias, sus leyes, sus costumbres; y aún más, de todas las epopeyas conocidas, ninguna como la *Araucana* ha precisado menos adular la verdad para dar al poema la belleza artística, porque Ercilla encontró en América una tierra virgen, jamás descripta ni cantada, y sus descripciones inimitables, de un realismo que sorprende, siendo copia exacta de una espléndida región desconocida, debían tener en su época y en todo tiempo el precioso encanto de la novedad, que va siendo tan escaso en nuestra época contemporánea”.

Joaquín V. González se duele de que poco o nada haya llegado hasta nosotros de las civilizaciones indígenas que existieron en nuestro territorio antes de la conquista. Y agrega: ¡Qué gloria tan pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas, si lograran con sus estudios, con su dedicación constante, reconstruir aquel período luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las nieblas permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica! Un pueblo sin tradiciones de su origen me parece que debe sufrir los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar a los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternos. Por eso las naciones que no tienen tradición la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya savia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos”.

El libro primero termina con un estudio dedicado al *Ollantay*, el poema escrito en el idioma de los incas y que, sin duda, como dice González y como lo ha corroborado la crítica moderna, no fue un poema incaico, sino la obra de un conquistador español, tal es la influencia del teatro peninsular de la época y de las creencias e ideas de la misma, en el célebre poema. González, con fino instinto, y a la vez con simpática y encantadora modestia nos dice lo que piensa de la obra: “Yo lo he leído —dice—, lo he meditado, lo he comparado con esmero con las obras más acabadas de la escena española, y mis impresiones son adversas a su origen americano; y no es porque crea que el genio quichua no hubiera sido capaz de dar vida a una obra como ésta, porque su cultura artística llegó a una altura considerable, sino porque no le encuentro el sabor de la naturaleza, ni el colorido de las tradiciones de raza, ni el fervor de la creencia, ni la dulzura e ingenuidad de la poesía indígena, ni la fidelidad con los principios políticos de la nación a quien se le atribuye. . .”.

Al referirse a las fuerzas que significaron retroceso y estancamiento del progreso, escribe estas palabras admonitorias, que siempre tendrán vigencia: “No se marcha impunemente contra las olas agitadas, ni se vuelve jamás la dirección de los ríos, ni el genio más portentoso podría detener la marcha del espíritu humano”.

En los dos libros restantes, el autor, como se ha dicho, hace una síntesis de la evolución de nuestro pueblo a través de los hechos más importantes de nuestra historia, descubriendo, podemos decirlo así, una tierra propicia y rica en tradiciones, cuyas raíces se hunden en ese proceso evolutivo, a través de los siglos, y en esos hechos cuyo hondo sentido el historiador, el sociólogo y el esteta que es Joaquín V. González, trata de develar. Las páginas que, en este sentido, dedica a las leyendas del Diablo en nuestra literatura —particularmente en el *Fausto* de del Campo y en el *Santos Vega* de Obligado—, como así también las referentes a Rosas y a su época, a Quiroga y al cura Aldao —a través de las vigorosas biografías de Sarmiento—, son como grandes lienzos en los que, a la manera de un Rembrandt o un Delacroix, deja testimonios, en una prosa bella y musical, muy propia de la época, de algo así como la biografía iluminada de nuestro país y de sus grandes y decisivas épocas, desde que surge a la vida con la llegada de los nuevos hombres que se mezclan con el indio —o que lo destruyen, como ocurrió en la pampa y en el litoral—, hasta que la Nación, tras la anarquía y la subsiguiente tiranía de Rosas, caído éste en Caseros, empieza a organizarse definitivamente.

En esta parte de la obra se hallan conceptos como éste sobre la tradición, tema en torno del cual gira toda la obra: “La tradición es también una fuerza; ella es formada por el sentimiento y la pasión de la masa social y por la comunidad de destinos; es un elemento histórico y filosófico para explicar los grandes acontecimientos; es la historia misma de los pueblos que no tienen leyes formales, y por eso es un culto, y por eso arraiga en el corazón y en la inteligencia, y refleja el genio de

la raza que le ha dado vida. Y se ha visto alguna vez que naciones dominadas largo tiempo por la conquista, obligadas a obedecer otras leyes y otros dioses, han conservado en el santuario de su conciencia, como un talismán sagrado para las horas de amargura, el recuerdo de su tierra nativa, la memoria de sus años de libertad, y una voz interior les hablaba a solas, como un reproche, como una acusación unas veces, y otras como un consuelo y una esperanza de recobrar algún día el perdido paraíso donde nacieron y respiraron los primeros hálitos de la vida". Palabras que se complementan con estas otras, donde el autor nos da su visión total de lo que puede ser la tradición en un país joven y enriquecido con el aporte de tantas razas, como es el nuestro: "El sentimiento nacional es la primera y más viril manifestación de la unidad social, de la fortaleza de los vínculos políticos y morales, de la vitalidad de un Estado; nace de las diversas evoluciones que constituyen la tradición de un pueblo; es la tradición misma que vive de su calor, se adorna con sus matices nativos, se regenera constantemente con sus nuevos gérmenes, como el árbol con las nuevas corrientes de savia que cambian el ropaje de sus ramas. Porque la tradición no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que un pueblo le dedica expresa su carencia de ideales y fuerzas progresistas, ella es la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó, y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata también las desgracias, las catástrofes, las sombras que se levantaron en su camino, como hay nubes que oscurecen el sol, como hay arenas que interceptan los torrentes, como hay incendios que abren inmensos espacios de ceniza entre dos selvas tropicales, sin que por ello la tierra sea menos generosa, ni ardan en su seno con menos vivacidad los gérmenes de nuevas y más espléndidas vegetaciones".

Al hablar de la caída de Rosas, por último, da el nombre —cosa que no deja de ser sorprendente para nosotros ahora—

de *revolución*, al movimiento de opinión y a los hechos de guerra que derrocaron al tirano. "Las revoluciones —dice— nacen del sentimiento de los pueblos oprimidos; sus raíces, sus orígenes más profundos, están en la inteligencia de la sociedad. Así, la generación del tiempo de Rosas, elevada en su nivel moral por las propagandas de los escritores desterrados, secundada por los antiguos héroes de Mayo, que habían quedado firmes en sus filas, conservando el honor de la bandera, fue comprendiendo su destino, reformando sus hábitos, haciendo el vacío alrededor de su tirano, y éste tuvo al fin que mirar hacia los horizontes que le rodeaban y apresurarse a conjurar la tormenta. Pero la revolución había nacido ya en los espíritus, trascendiendo al orden político, y armado contra el despotismo el brazo de los mismos que antes ayudaron a sostener sus columnas".

IV

Entremos ahora, aunque sea sólo someramente, en lo que es tesis, pensamiento vivo, de la obra que estamos analizando. Ella se publica cuando aún nuestra literatura gauchesca no había alcanzado el grado de consideración y de estimación literaria en que hoy se la tiene, y cuando la gran inmigración de fines del siglo entraba como un elemento nuevo y extraño en nuestro ser social, con peligro de arrollar lo que durante varios siglos se había venido conservando como elemento esencial de lo argentino. González no se alarma por el aluvión extranjero y fiel a la consigna de Alberdi y Sarmiento, de que "gobernar es poblar", abre generosamente los brazos a los recién venidos, con la sola condición de que se incorporen íntimamente al país, y lo hagan, en adelante, suyo, a través de su trabajo y de su descendencia. González ama la tradición en lo que ésta tiene de razón de ser de nuestro pueblo, y sale tras Echeverría y Juan María Gutiérrez sobre todo, en defensa de un patrimonio que no hay que conservarlo como algo estático, sino como fuerza viva, determinante del carácter y de la idiosincrasia de

nuestro pueblo. El paisaje y la historia, las costumbres, todo el acervo del folklore nacional, debe constituir algo así como la fe de bautismo de un pueblo, sus tablas de la ley, y el sólido basamento sobre el que deben elevarse las nuevas construcciones en lo material y en lo espiritual, de una sociedad en marcha. González, que conoce como pocos en el país las viejas civilizaciones orientales, y que ha estudiado, con ahinco, las civilizaciones primitivas de América, la azteca y la incaica, y que ha nacido y se ha criado dentro del ámbito de lo poco —o lo mucho— que queda de esta última en el N. O. argentino, desea que sobre los profundos estratos de ambas, y de la civilización araucana, que también conocía, y con el aporte de las modernas civilizaciones europeas, llegadas al continente con la conquista primero y la inmigración después, se elaborara una nueva y pujante civilización, suma de todas ellas, pero individual y distinta, en la que estuvieran enraizados los valores éticos y espirituales de las mismas. Él goza con ir a lomo de mula por sendas de montaña —“sus montañas” como habría de llamarlas— y aspira a pleno pulmón el aire puro de las cumbres, extasiándose ante el vuelo altísimo del condor y ante la huída asustadiza de las vicuñas, detenerse ante una centenaria fortaleza indígena, y quedarse escuchando, en lo hondo del valle, el canto de un pájaro o la triste vidala riojana. Así, como se bebe el agua o se aspira el aire, quiere González recibir, en su cuerpo y en su alma, la savia que sube de la tierra y de los siglos, y que trae, como el son de un tambor lejano, el eco, lejano y próximo a la vez, también de una raza vencida, pero no muerta del todo. De ahí su amor por nuestras puras tradiciones, por todo lo que sea auténticamente nuestro, sin que ello signifique en manera alguna, limitarse en un estrecho y cerril nacionalismo. Amar la tradición como se ama a la tierra donde se ha nacido, o donde se ha vivido, y donde reposan nuestros muertos, y que pisarán mañana nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos; como se ama a la madre, como se ama lo que está consubstanciado con nosotros y forma, con nuestro ser, un solo ser indivisible. Tal el sentido profundo, y eterno, del bello libro de González.

Joaquín V. González fue un escritor nato. La vocación de escribir nace con él, se manifiesta, apenas balbuciente, en la adolescencia, y se hace honda y absorbente con el correr de los años. Ni su profesión de abogado, ni su actuación, larga y fecunda, de hombre de gobierno, de legislador y de educador, lo gran apartarlo nunca del todo de su biblioteca, de su militancia en el periodismo de ideas, de su labor constante de escritor y de artista. Él se inicia como poeta, y sus dos primeros libros fueron de poemas. Su condición de poeta, incide sobre su prosa, traspasada toda ella de una como música interior, que da majestad y belleza al período. *La tradición nacional*, escrita en plena juventud, es un libro de prosa fluyente y, no nos atrevemos a decir, *trabajada*, pero sí escrita con conciencia estética y con amor por la belleza exterior del idioma y por la oculta musicalidad de las palabras. La influencia de Chateaubriand —el Chateaubriand de *Memorias de ultratumba* y de *Atala*, y de Lamartine, es evidente en esta obra, como así también en *Mis Montañas* y en otras páginas. Su prosa es una prosa de períodos amplios, de tono a menudo oratorio, pero de gran dignidad y belleza siempre. Es una prosa sin prisa, serena y pulcra, que planea sobre los grandes temas, que se bifurca aquí y allí en pensamientos que se encadenan luego unos a otros con lógica y eficaz trabazón, y que, como las grandes olas que luego de replegarse una y mil veces van a romperse en las rocas o a morir mansamente en la arena, concluyen en una fuerte orquestación o en suaves y dulces palabras, apenas perceptibles. González es escritor finisecular, y como tal es fiel a los principios estéticos de su época, en lo que respecta a su prosa y a su estilo. Pero, escritor de garra, con cosas que decir y dueño de su idioma, nos ha dejado, en el libro que comentamos y en toda su obra literaria, un mensaje de honda y perdurable belleza.

A pesar de su honda versación en el tema que inspiran las páginas de *La tradición nacional*, no abundan en la obra las ci-

tas —ya en el texto, ya a pie de página—, andamiaje erudito, a veces más aparatoso que necesario, con el que suelen simular talento y sabiduría quienes sólo poseen habilidad para aprovecharse del esfuerzo ajeno y enriquecer con él su evidente mediocridad. En *La tradición nacional* las notas son escasas, y la mención de algunos de los autores que nombra o de quienes transcribe trozos, resulta interesante para seguir el itinerario de sus lecturas y de sus fuentes, en la materia de su obra, en aquellos sus años juveniles. Señalaremos sólo unos cuantos. Cieza de León en la segunda parte de *La conquista del Perú*; el P. Lozano; el deán Funes, en su *Ensayo histórico...*; Echeverría, en sus *Obras* —alusión evidente a la edición de Juan María Gutiérrez; el mismo Gutiérrez a través de su trabajo “De la poesía y de la elocuencia de las tribus de América”, publicado en la *Revista de Buenos Aires*; Sarmiento, en *Facundo o civilización y barbarie*, *Vida de Aldao y Conflictos y armonías de las razas en América*; Bartolomé Mitre, en su *Historia de Belgrano*; Nicolás Avellaneda en su “Discurso en la inhumación de los restos del general San Martín”; Vicente Fidel López, en “Geografía histórica del territorio argentino”, publicado también en la *Revista de Buenos Aires*; Andrés Lamas, en *Agresiones de Rosas*; José María Ramos Mejía, en *Neurosos de los hombres célebres*; Mariano A. Pelliza, en su *Historia argentina*; Angel J. Carranza, en *Campaña marítima durante la guerra de la independencia*; Estanislao S. Zeballos, del cual cita *La dinastía de los Piedra, Painé y Relmu*, etc. Sin contar otros autores nacionales y extranjeros también aludidos, tales como Miguel Luis Amunátegui, Guillermo Dávila, el citado Lamartine —en su *Curso familiar de literatura*—; Mardoqueo Navarro, Ricardo Palma, W. H. Prescott, Juan Rodríguez de Cisneros, Benjamín Vicuña Mackenna, Pedro Zagarra y otros. Lecturas —y culturas— asimiladas, entradas, como por endósmosis, en su vida y en su pensamiento, y que hacen de él uno de los hombres públicos argentinos de mayor universalidad y de mayor dominio de la historia, de la sociología y las letras, del pasado y del presente siglo.

VI

Dentro de la literatura de carácter folklórico o tradicionalista, *La tradición nacional* de Joaquín V. González significa el punto de arranque de un género que ha dado páginas inolvidables en nuestras letras. Obra casi olvidada hoy, tuvo en su tiempo profundo eco entre los contemporáneos del autor. Bartolomé Mitre, cultor él mismo de la tradición nativa, como lo prueba, entre otros trabajos, su poema sobre el ya mencionado Santos Vega —anterior por cierto a los poemas epónimos de Ascasubi y Obligado—, le escribió a González sobre su obra la famosa carta que aparece luego como prólogo de la segunda edición, en 1912, y reproducida en la mayor parte de las ediciones posteriores. “Había leído algunos capítulos de su libro —le dice Mitre en su referida carta, fechada el 28 de mayo de 1889—, llamando fuertemente mi atención su espíritu filosófico, la amplitud de sus vistas, su estilo galano sin exageración ni amaneramientos, y sobre todo, el sentimiento patriótico de que está impregnado”. Mitre le refuta, no obstante, sus pensamientos de la segunda parte referentes al predominio de las razas indígenas en la formación de la nacionalidad. “Puede decirse, —afirma— que casi toda ella gira alrededor de la idea de que los hispanoamericanos somos los descendientes genuinos de los americanos de la época precolombina”. “La raza criolla —agrega más adelante—, hizo la revolución en 1810... y conquistó por sí y para sí la independencia y la libertad, imprimiéndole el carácter político, moral y social que entrañaba la nueva raza, que no se proponía ni continuar a los indios, ni restaurar el Imperio Americano, sino fundar esa civilización, continuación de la europea, sin sus privilegios, y bajo el principio de la equidad humana”. Su juicio total sobre la obra es, no obstante, altamente elogioso. “Le diré —escribe— que es el primer trabajo que en su género se haya hecho entre nosotros, con sinceridad, con amor y con ilustración, y que contiene el germen de otros libros más completos que promete la mente de su autor, nutridos

por estudios serios, en que la reflexión y el sentimiento se equilibraren”.

En lo que respecta a la posible influencia de Sarmiento en la obra, dice Ricardo Rojas: “Al aparecer *La tradición nacional* y *Mis montañas*, se apuntó la influencia de *Facundo* y *Recuerdos de provincia*; pero esta semejanza con Sarmiento provenía del tema, antes que del estilo, pues ambos escritores son de muy diverso temperamento, aunque dichos libros se inspiraron en una misma realidad”. “La sugestión de Chateaubriand —agrega prosiguiendo el estudio de las influencias—, también se descubre en ese primer período, dado la manera como González refunde la intimidad lírica del paisaje y la emoción épica de la historia. El magisterio inicial del romanticismo se compensó luego con el naturalismo regional de Pereda y con el sobrio idealismo de los poetas ingleses, a quienes González admiraba. Así llegó a la renovación modernista, comprendiéndola sin imitarla. Los clásicos de todas las lenguas constituían el fondo de su cultura. La *Biblia*, la *Divina comedia*, el *Quijote*, eran libros que releía y citaba siempre, aunque debemos reconocer que tuvo desde su juventud una confesada predilección por los poetas británicos, y que su última simpatía por el orientalismo no fue en él una veleidad de la moda, sino una afinidad de su espíritu, pues cita con admiración los poemas hindúes en sus primeros trabajos. Esta universalidad de sus lecturas no le impidió ser un escritor profundamente argentino, así en los temas regionales como en la expresión personal”. Refiriéndose a su prosa, afirma lo siguiente: “Los defectos de su prosa, un tanto difusa, provenían de su temperamento soñador, más propenso a la divagación musical que a la precisión plástica, y también provenían de la época en que su gusto se formó”. Su juicio definitivo sobre su obra literaria no puede ser más concluyente. “En *Mis montañas*, en *Cuentos*, en *Historias*, hay páginas de sobria belleza, dignas de un maestro por la nitidez del dibujo y la diafanidad de la expresión” (3).

(3) RICARDO ROJAS, en *Obras completas* de Joaquín V. González, vol. 25.

En sus *Obras completas* se insertan, al final, una selección de estudios y juicios sobre su personalidad y sobre su obra, figurando entre ellos páginas de Rafael Altamira, Eduardo Wilde, Ricardo Rojas, Adolfo Posada, Arturo Capdevila, Alberto Gerchunoff, Alvaro Melián Lafinur y Arturo Marasso, entre otros. Sólo transcribiremos, para concluir, las bellas palabras con que este último, su amigo y su exégeta, se refiere a la obra literaria de González: "Obras de su juventud —dice Marasso—, *La tradición nacional* (1888) y *Mis montañas* (1893), son poemas en prosa; resaltan por la excelencia del léxico, por el esfuerzo reflexivo, la delicadeza espiritual y el fervor romántico. En estilo rico de color, se identifica con las cosas, las siente vivir, les descubre un alma; nos ofrece la sensación de las montañas andinas; describe paisajes vistos y sentidos simultáneamente, escenas familiares o históricas. Su imaginación panteísta mira, a veces a través del velo de lo maravilloso. La realidad está anotada con la riqueza de la pintura y con una fidelidad virgiliana" (*).

Felices los pueblos que guardan, en el arcón de los recuerdos, libros como éste, capaces de retemplar las fibras de sus lectores a través de las generaciones, encendiendo en ellos el puro amor a la patria y a sus tradiciones. Las revoluciones, las crisis económicas, sociales y políticas, por graves y catastróficas que sean; los protagonistas que a veces parecen centrar la vida misma del país, pasarán, quizá sin dejar vestigios, como las hojas secas que arrastra el vendaval después de la tormenta. Pero las voces que, como la de Joaquín V. González, inciten a la concordia, al reencuentro consigo mismo y a la meditación sobre lo que hemos sido, lo que somos y lo que deberíamos ser, ungidas de amor y sabiduría, seguirán escuchándose, como un llamado orientador y fecundo, a lo largo y a lo ancho del incierto destino de la Nación.

FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ

Beauchef 229, Buenos Aires

(*) ARTURO MARASSO, *Joaquín V. González. El artista y el hombre*, Buenos Aires, 1937.